

VIII. LAS RIQUEZAS DE LA GRACIA EN LAS RELACIONES DE AUTORIDAD  
Y SUMISIÓN. (Cuarta parte)

Lectura: 5:21 – 6:4

Por *Julio César Benítez*

[juliobenitez@caractercristiano.org](mailto:juliobenitez@caractercristiano.org)

*Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra.* V. 26. El apóstol Pablo aprovecha estas verdades que han procedido de la inspiración del Espíritu, para hacer notar la doctrina de la Iglesia. Efesios es por excelencia una carta eclesiológica. En ella el apóstol ha presentado el glorioso llamamiento de esta institución y su alta vocación. Muchos creyentes aún no han comprendido la enorme importancia que esta institución tiene en la tierra, y no consideran muy valioso el estar dentro de su cobertura. Si bien es cierto que la obra redentora de Jesús incluyó a cada uno de los hombres y mujeres que el Padre se propuso salvar, también es verdad que la muerte de Cristo fue obrada por Su Pueblo. La Iglesia es el gran propósito salvífico de Dios. La Iglesia es el cuerpo por el cual Cristo bajó a la tierra, y ella es el objeto de su amor. Cristo entregó su preciosa vida por la Iglesia, para *santificarla*, es decir, separarla del mundo y apartarla para la Gloria de Dios. Somos un cuerpo apartado de la corrupción mundanal, y ahora nos gozamos en la gloria de Dios. Este cuerpo es purificado *por el lavamiento del agua por la palabra*. No hay mejor manera de explicar el lavamiento de nuestros pecados que utilizar la figura del agua. El agua es el instrumento por excelencia utilizado para la limpieza de cualquier suciedad en nuestros cuerpos. Si estamos sucios nos bañamos con agua y el problema ha sido solucionado. Jesús mismo utilizó esta figura cuando dijo a Simón Pedro “*Si no te lavare no tendrás parte conmigo. El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis.*” Juan 13:8,10. La Iglesia ha sido lavada de sus pecados y ahora goza de la purificación efectuada por Cristo a través de *la palabra*. La Palabra de Dios es como el agua que nos limpia de nuestras maldades, ella nos conduce a reconocer nuestra pecaminosidad y el Espíritu nos lleva a buscar la gracia en Cristo Jesús. La Palabra de Dios sigue limpiándonos toda vez que la escuchamos con atención y nos

apartamos de lo que ella prohíbe. Jesús dijo que sus palabras son el agua que nos limpia: “*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado*” Juan 15:3. (Comparar con Juan 13:8,10).

Recordemos que el tema principal que trae Pablo en estos pasajes es la relación de amor entre los esposos. ¿De qué manera podemos aplicar, en el matrimonio, la verdad aprendida del amor de Cristo hacia la Iglesia, quien busca santificarla y purificarla? Primero que todo debemos recalcar que el amor del marido hacia la esposa no es simplemente cuestión de palabras tiernas, de vez en cuando, sino que es más práctico y real, como dice, LLoyd-Jones: “... el amor no es algo teórico. El amor no es un simple tema del cual se habla; el amor no es un simple tema del cual se puede escribir, no sólo es el material que se usa para escribir poesía. El amor no solo es el tema de una gran aria en la ópera o alguna gran canción, o de miserables “canturreos”, o como quiera que se llame. El amor no es algo que se considera teórica o externamente. El amor es la cosa más práctica del mundo. Ese es el gran principio que se nos enseña aquí. Posiblemente no exista palabra que en la actualidad sea más degradada que la palabra “amor”.<sup>1</sup>”

El amor del esposo hacia su mujer le debe conducir a buscar el perfeccionamiento de ella. El marido debe preocuparse por todo lo que signifique progreso y desarrollo en su esposa: Sus estudios, su fe, sus relaciones, su belleza física, su moral, sus principios, sus ideales, sus sueños, sus metas, todo lo que se relacione con el desarrollo personal de ella. La esposa no es solamente la encargada de la cocina y de criar a los hijos, ella es mucho mas que eso. Es nuestro tesoro, y como tal debemos cuidarlo y limpiarlo para que cada día brille con mas fulgor. Una esposa perfeccionada es honra para su marido.

*Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?*

*Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.*

<sup>11</sup> *El corazón de su marido está en ella confiado,*

---

<sup>1</sup> Lloyd-Jones, Martyn. La vida en el Espíritu. Desafío. Página 126.

*Y no carecerá de ganancias.*

<sup>12</sup> *Le da ella bien y no mal*

*Todos los días de su vida.*

<sup>13</sup> *Busca lana y lino,*

*Y con voluntad trabaja con sus manos.*

<sup>14</sup> *Es como nave de mercader;*

*Trae su pan de lejos.*

<sup>15</sup> *Se levanta aun de noche*

*Y da comida a su familia*

*Y ración a sus criadas.*

<sup>16</sup> *Considera la heredad, y la compra,*

*Y planta viña del fruto de sus manos.*

<sup>17</sup> *Ciñe de fuerza sus lomos,*

*Y esfuerza sus brazos.*

<sup>18</sup> *Ve que van bien sus negocios;*

*Su lámpara no se apaga de noche.*

<sup>19</sup> *Aplica su mano al huso,*

*Y sus manos a la rueca.*

<sup>20</sup> *Alarga su mano al pobre,*

*Y extiende sus manos al menesteroso.*

<sup>21</sup> *No tiene temor de la nieve por su familia,*

*Porque toda su familia está vestida de ropas dobles.*

<sup>22</sup> *Ella se hace tapices;*

*De lino fino y púrpura es su vestido.*

<sup>23</sup> *Su marido es conocido en las puertas,*

*Cuando se sienta con los ancianos de la tierra.*

<sup>24</sup> *Hace telas, y vende,*

*Y da cintas al mercader.*

<sup>25</sup> *Fuerza y honor son su vestidura;*

*Y se ríe de lo por venir.*

<sup>26</sup> *Abre su boca con sabiduría,*

*Y la ley de clemencia está en su lengua.*

<sup>27</sup> *Considera los caminos de su casa,*

*Y no come el pan de balde.*

<sup>28</sup> *Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada;*

*Y su marido también la alaba:*

<sup>29</sup> *Muchas mujeres hicieron el bien;*

*Mas tú sobrepasas a todas.*

<sup>30</sup> *Engañosa es la gracia, y vana la hermosura;*

*La mujer que teme a Jehová, ésa será alabada.*

<sup>31</sup> *Dadle del fruto de sus manos,*

*Y alábenla en las puertas sus hechos. Proverbios 31.*

La esposa descrita es Proverbios 31 es una mujer cuyo marido le ha ayudado a perfeccionarse y purificarse. Él se ha esforzado por que ella crezca personalmente. Cuantas mujeres, después que sus esposos mueren, quedan indefensas y a merced de este mundo egoísta, sufriendo y padeciendo grandes necesidades, debido a que sus maridos nunca estuvieron pendientes de su crecimiento personal. Solo las querían para el sexo, la cocina y la crianza de los hijos. Un esposo que ama su mujer se preocupará por sus asuntos espirituales. Cumplirá con su deber como sacerdote del hogar y le enseñará las Escrituras y

le motivará a cultivar una vida piadosa, en comunión con el Señor. Así como Jesús se esfuerza en santificar a la Iglesia mediante la predicación efectiva de su palabra, el esposo debe esforzarse por que su mujer sea edificada espiritualmente. No escatimará esfuerzo alguno en tener el devocional familiar con ella. Leerán las Escrituras, él habrá estudiado esos pasajes con mayor detenimiento para conducir un estudio fructífero en compañía de su mujer. Él estudiará con mayor ahínco las Escrituras y la teología, para así ser un maestro idóneo para su mujer. ¿Qué tal si hoy día aplicáramos con toda su fuerza las instrucciones que dio Pablo a la Iglesia de Corinto respecto al silencio de la mujer en la Iglesia? Cuando se estudia el tema del papel de la mujer en la Iglesia, por lo general nos enfocamos en el tema del silencio que le es exigido en los cultos, unos para apoyar y otros para contradecir, pero poco tomamos en cuenta la responsabilidad del marido en este asunto: “*Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación.*” 1 Cor. 14:35. ¿Estaremos dispuestos y preparados los maridos para responder las inquietudes que la esposa tenga respecto a temas espirituales? ¿Estamos muy atentos para tomar nota de la predicación o el estudio bíblico el día Domingo, de tal manera que podamos explicar mejor a nuestra esposa algo que ella no entendió? Pero en este mandato hay una verdad mas grande, general, y aplicable a todos los tiempos y contextos culturales: El hombre debe ser el sacerdote, pastor y profeta de su hogar. No solo es el rey (cabeza), sino que tiene responsabilidades espirituales de gran prominencia. Lastimosamente hemos invertido el orden de las cosas. Hoy día las mujeres se ven mas interesadas en los asuntos espirituales, que muchos hombres. Ellas están presentes, en gran número en las actividades de la Iglesia, especialmente en los cultos de oración, mientras que los maridos se quedan en casa “edificándose” con la televisión, los deportes o el trabajo. ¿Podremos en ese estado ser los sacerdotes del hogar? Imposible. En esto vemos que no amamos a nuestras esposas, así como Cristo ama a la Iglesia. Porque para Cristo fue más importante la santificación de su esposa, que las comodidades de su hogar celestial.

***A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.*** V. 27. Jesús mismo, en persona, está trabajando día y noche para llevar a la pureza total a su pueblo. Esta labor la realiza a

través del Espíritu Santo quien aplica constantemente la Palabra de Dios a nuestros corazones con el fin de que nos apartemos de todo pecado y contaminación. Todo esto tiene un objetivo escatológico: Presentarse a la Iglesia como una esposa santa y sin mancha. La Iglesia actualmente es la novia de Cristo, ella se ha comprometido con su Salvador. Pero este compromiso no es como lo practicamos en occidente, es decir, un formalismo por el cual se solicita a los padres permiso para cortejar a su hija, y luego casarse con ella, si las cosas salen bien. En oriente la costumbre del compromiso tenía mayor responsabilidad. Una pareja que se había comprometido prácticamente eran considerados esposos, el tiempo que transcurría entre el compromiso y la boda era utilizado para cumplir con algunos requisitos como el pago de la dote y otros. Pero la novia ya no podía cambiar de opinión. Jesús es el novio-esposo de la Iglesia, con la cual se ha comprometido. El tiempo actual es utilizado para completar todos los requisitos. Uno de ellos es que esta novia debe ser presentada ante el novio sin mancha alguna, puesto que su marido será Dios mismo, quien es santidad perfecta. La sangre de Cristo nos limpió de la culpa, y su palabra nos sigue purificando o limpiando de los pecados que nos estorban, al llevarnos a una obediencia de sus santas leyes. Un día, cuanto todo se haya cumplido, el novio vendrá por la Iglesia y se realizará la boda mas gloriosa que jamás se haya efectuado. En ese día seremos unidos completamente a nuestro redentor viviendo en la gloria perfecta del Padre.

No debemos olvidar el enfoque principal de estos pasajes: Mostrarnos como debe ser el amor del esposo hacia su esposa. El modelo que nos presenta Pablo del verdadero y real amor que debe reinar en el matrimonio es Cristo mismo. Él se esfuerza porque la Iglesia, su esposa, sea cada día mas hermosa, en todo sentido. De la misma manera el esposo creyente debe buscar que su mujer sea cada día mas hermosa. Que sus virtudes crezcan, que su conocimiento de Dios crezca, que todos los hombres y mujeres puedan ver en su esposa a una persona llena de preciosas virtudes. Esto implica que jamás debemos hablar de las imperfecciones o errores de ellas en público. Este es un gran error que muchos hombres cometemos. Hablamos a nuestros padres del genio terrible de la esposa, o a los amigos les comentamos de otras debilidades. Esto no es buscar el bienestar de ellas. Debo esforzarme

en presentarla ante todos como lo mas precioso para mí, a pesar de sus imperfecciones. En público hablaré de sus virtudes y me gozará en hablar bien de ella.

***Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismo cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama.*** V. 28. La preocupación y trabajo incesante de Cristo por santificar a su novia, debe ser motivo suficiente para que los esposos creyentes se esfuercen en ayudar a sus esposas en el crecimiento espiritual constante. Su liderazgo consiste no solo en tomar las decisiones finales, sino en amar a su esposa, la cual es su cuerpo. Si Cristo es la cabeza de la Iglesia, y ésta es el cuerpo, de la misma manera el varón es cabeza del cuerpo, es decir, la mujer. ¿Cómo amamos a nuestros cuerpos? Por lo general nos preocupamos en alimentarnos bien, si vemos un helado o algo que nos guste mucho, tratamos de adquirirlo para darle placer a nuestro cuerpo, si nos enfermamos acudimos aprisa al médico, pues queremos que nuestro cuerpo se sienta bien. Lo vestimos con las mejores ropas que podemos comprar, adquirimos perfumes, desodorantes, champús, lociones, crema dental y muchas otras cosas mas porque amamos el bienestar de nuestros cuerpos. Por lo general, no golpeamos ni causamos sufrimiento a nuestros cuerpos. Si nos pinchamos reaccionamos para quitar el aguijón que está causando dolor. Cuando ofendemos a nuestras esposas estamos haciéndonos daño a nosotros mismos, porque somos una sola carne con ella. Nos hemos fundido tanto con ella, que Dios nos ve como uno solo.

***Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida<sup>2</sup>, como también Cristo a la Iglesia.*** V. 29. Hemos dicho que así como la Iglesia es el cuerpo de Cristo, de la misma manera la mujer es, en cierto sentido, el cuerpo del varón. Por lo tanto la cabeza cuida y sustenta a todo el cuerpo porque éste forma parte de él mismo. Cuando un esposo descuida a su esposa y la maltrata con hechos, palabras o ignorándola, está haciendo daño a su propio ser, porque los dos han sido constituidos una sola carne. El esposo está obligado a proveer sustento para su mujer. Aunque la esposa también puede ayudar en el

---

<sup>2</sup> También puede traducirse "... la sustenta y la acaricia".

sostenimiento económico del hogar, siempre y cuando la crianza de los hijos y sus compromisos como madre se lo permitan, de todas maneras el esposo es el directo responsable por conseguir la provisión material para el hogar. (Génesis 1:17). Su preocupación diaria debe ser el cuidado de su precioso tesoro. Pero no solo debe cuidarla en el aspecto material sino que debe acariciarla, es decir, debe tratarla como a una preciosa flor que es delicada y hermosa. La forma como le habla debe ser tierna y amorosa. Cuando haya discusiones no debemos aprovechar nuestra fuerza en la voz para amedrentarla, sino que debemos frenar nuestros impulsos, recordando que ella está hecho de un material muy fino. El apóstol Pedro instruye a los maridos así: *“Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”*. 1 Pedro 3:7.

***Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos.*** V. 30. Todos los miembros de la Iglesia universal de Cristo estamos ligados a la Cabeza que es Cristo, y en este sentido formamos parte de su carne y sus huesos, es decir, somos uno con el Señor por la operación del Espíritu Santo quien nos ha identificado completamente con su carácter. Esta unión no debe ser considerada en la substancia, pues, nosotros no podemos hacernos uno en substancia con el creador eterno, pero en el plan de salvación, redención y glorificación somos hechos un solo cuerpo a través del cual fluye la vida que procede del Salvador. Siendo miembros de este cuerpo podemos acudir con confianza a nuestra cabeza y echar todas nuestras ansiedades ante él (1 Pe. 1:7).

***Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.*** V. 31. La institución del matrimonio establece la unión más profunda e íntima entre un hombre y una mujer. Es tan profunda que son considerados una sola carne. Muchos comentaristas afirman que la expresión *“una sola carne”* se refiere a la relación sexual. Ella es la expresión de la unidad íntima y recíproca entre el varón y la mujer. Siendo de ese grado la unión, esta se encuentra por encima de las relaciones entre padres e hijos. Es por esa razón que el varón dejará a sus padres y se unirá a su esposa para el resto de la vida. Cuando no se rompe con el cordón umbilical que nos unía a nuestros padres y seguimos dependiendo de ellos mientras nos hemos unido en una sola carne con nuestra



esposa, difícilmente podremos cuidarla, protegerla y guiarla. Nuestro corazón debe estar entregado por completo a la mujer que nos ha sido dada como esposa. Esto no implica que debemos dejar de honrar a nuestros padres, sino que ahora nuestra esposa está ocupando el principal lugar del corazón.

***Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia.*** V. 32. El misterio de que Pablo habla es la relación íntima que produce los lazos del matrimonio. Dos personas, hombre y mujer, prácticamente se convierten en uno. Solamente la muerte puede romper esta unión, pero en el caso de la relación entre Cristo y la Iglesia nada podrá acabarla. El matrimonio es figura, imperfecta, de la unión que se ha dado entre Cristo y la Iglesia. “La unión de Cristo con la Iglesia, que movió al Hijo unigénito de Dios en forma tal que desde la relación de eterno deleite en la presencia de su Padre se sumergiera en las *espantosas tinieblas* y *terribles angustias del Calvario*, salvando a su *pueblo rebelde*, elegido de entre todas las naciones, y aun llegando a morar en sus corazones por medio de su Espíritu, a fin de presentárselos – aunque totalmente indignos – a sí mismo como su preciosa esposa, con quien llegó a tener tan íntima comunión que no existe en el mundo metáfora alguna que se le pueda aplicar, *tal* unión es en y por sí misma un misterio.

***Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.*** V. 33. Los maridos deben amar a su propia esposa, no ha ninguna otra, así como se ama a sí mismo. Este amor es superior al que expresamos a nuestro prójimo, a quien debemos amar como a nosotros mismos (Stg. 2:8), puesto que somos una sola carne con nuestra mujer. En toda circunstancia la esposa debe respetar a su marido.

***Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.*** V. 1. En los pasajes anteriores Pablo ha orientado a la pareja, esposo-esposa, para que cada uno cumpla con el papel y las funciones que les han sido asignadas por Dios desde la creación. Pero el orden en el hogar, así como en la Iglesia, implica la completa armonía entre todos sus miembros. No solo el esposo debe amar a su esposa, así como Cristo amó a la Iglesia, sino que la mujer debe someterse a su marido en todas las cosas. Pero esto no forjará una completa armonía si los hijos no son instruidos en su papel dentro del hogar. Los hijos son

responsables de obedecer a sus padres. Este es un deber expuesto de una manera abundante en todas las Escrituras. (Ex. 20:12; 21:15-17; Lv. 20:9; Dt. 5:16; 21:8; Pr. 1:8; 6:20; 30:17; Mal. 1:6; Mt. 15:4-6; 19:19; Mr. 7:10-13; 10:19; 18:20; Col. 3:20. El término griego utilizado para “obedecer” es *hupakouo* el cual significa literalmente “escuchar desde abajo, es decir, escuchar con atención total y responder de manera positiva a lo que se escucha. Los hijos deben colocarse por debajo de las palabras y la autoridad de sus padres.<sup>3</sup> El obedecer implica “el escuchar con atención constante; no sólo obediencia en acción, sino disposición de acoger el consejo, de considerar las palabras de dirección, y luego el dar forma al propio curso de vida bajo la dirección aceptada de mentes más maduras”<sup>4</sup> Este obedecer de los hijos hacia los padres *es justo* porque está de acuerdo con la santa Ley de Dios.

***Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa.*** V. 2. Los jóvenes han sido exhortados para que obedezcan a sus padres, pero ahora se les manda honrarlos. Si bien es cierto que el honrar a los padres incluye la obediencia, la honra va más allá de un obedecer externo o de mal agrado. Los hijos pueden obedecer a los padres por miedo al castigo, por terror o de mal agrado, pero esto es contrario al sentido que conlleva la honra: “Tener en gran estima y considerar con el máximo respeto y aprecio”<sup>5</sup> Los padres son el medio a través del cual Dios genera nuevas vidas humanas, los hijos son la continuación de sus padres. Debe darse un agradecimiento natural de los hijos hacia aquellos que les han procreado, pero no solo esto, sino que también les han cuidado con dedicación y entregaron parte de sus vidas para criarlos, alimentarlos y educarlos. La honra a los padres no solo se relaciona con la obediencia voluntaria, sino que involucra el estar pendiente de ellos mientras vivan. Su vejez debe ser honrada. De allí que el Antiguo Testamento haya establecido la pena capital para todo el que hiriere o maltratara a padre o madre. (Ex. 21:15, 17; Lv. 20:9). Este mandamiento de la Ley de Dios (Decálogo) debe ser

---

<sup>3</sup> MacArthur, John. Efesios. Ed. Portavoz. Pág. 376.

<sup>4</sup> Erdman, Carlos. Efesios. TELL. Página 130.

<sup>5</sup> MacArthur, John. Efesios. Ed. Portavoz. Pág. 377.

enseñado con más fuerza a los niños y adolescentes de nuestro tiempo. Con gran preocupación escuchamos noticias de hijos que causan daño, y hasta la muerte, a sus padres. Vivimos en una generación sin afecto natural. Pero no podemos callar con la proclamación de la Ley divina. Pablo dice que este es el primer mandamiento con promesa. Realmente esta declaración ha generado distintas interpretaciones de parte de los eruditos. Es posible que se refiera a la importancia primordial del mandamiento y al hecho de estar seguido de una promesa especial: “*Para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra*”. ¿Habrá de irle mal al hijo que obedece a sus padres creyentes piadosos? De seguro que no. Se caracterizará por ser honrado, honesto, laborioso, amable. Alguien con ese carácter será apreciado y le irá bien en sus asuntos. La vida larga y próspera debe ser esperada por los hijos que honran a sus padres.

***Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.*** V. 4. El respeto y la honra no se consiguen a través de la tiranía, sino que se ganan con el amor y la gentileza. Los padres están ubicados en un puesto de autoridad sobre sus hijos, y esto puede ser utilizado para el maltrato. Pablo exhorta para que no se de la ocasión hacia el despertar de la ira en los hijos como consecuencia del maltrato en todo sentido, mas bien deben preocuparse por educarlos y formarlos de acuerdo a los mandatos divinos.

***Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres. Y vosotros amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.*** V. 5-7. Luego de establecer orden en las relaciones entre esposo y esposa, padres e hijos, procede a mencionar las relaciones entre amos y siervos (esclavos). Puede que genere un poco de malestar enterarse de estas instrucciones en las cuales Pablo, no motiva a los siervos a liberarse de la esclavitud a que eran sometidos, sino que les exhorta para que sean obedientes. El tiempo en que fue escrito el Nuevo Testamento la esclavitud formaba parte del sistema de

producción y era visto como algo normal. En el mundo griego se justificaba la esclavitud debido al supuesto de la existencia natural de un orden de esclavos. Los ciudadanos eran los seres humanos, y los esclavos eran considerados como cosas. No obstante, en el cristianismo no se daban esas diferencias (1 Co. 7:22; Ga. 3:28). Algunos esclavos, al ver su nuevo estado como miembros del cuerpo de Cristo, deseaban su liberación (1 Co. 7:20) y Pablo no se oponía a ello (1 Co. 7:21). Pero el apóstol no presionaba a los amos creyentes para que liberaran a sus esclavos (Fil. 8,14). “No sólo estaba la razón práctica de evitar que las iglesias se vieran sometidas a las críticas (1 Ti. 6:15), sino también la cuestión del principio de que todas las condiciones humanas son dispuestas por Dios (1 Cor. 7:20). Los esclavos deberían por lo tanto procurar agradar a Dios con su servicio (Ef. 6:5-8; Col. 3:22). Los lazos fraternales con un amo creyente deberían constituir una razón adicional para rendirle buen servicio (1 Ti. 6:2). El amo, por otra parte, bien podría dejar que prevaleciera el sentimiento fraterno (Fil. 16) y desde luego que debía tratar a sus esclavos con moderación (Ef. 6:9) y estricta equidad (Col. 4:1).

Estas instrucciones establecen un principio de servicio y de autoridad basado en las relaciones fraternas que deben darse dentro del cuerpo de Cristo. Pero no solo debe prevalecer este trato entre creyentes, sino para con todos los hombres. Los empleados deben trabajar con toda solicitud y obediencia, sabiendo que no solo sirven a sus jefes, sino que por encima de esa autoridad, está la de Dios, de quien surge toda autoridad. (Ro. 13:1,2). Este servicio debe caracterizarse por un trabajo honesto y de acuerdo al contrato laboral que se haya establecido, es decir, si se ha pactado trabajar 8 horas diarias éste debe ser el tiempo trabajado, ni un minuto menos. No se debe tomar ese tiempo para asuntos personales o diferentes a los que el empleador haya designado. Es muy lastimoso que algunos creyentes no obedezcan estos mandatos, en desobediencia flagrante contra los sabios principios establecidos por Dios. Si un creyente utiliza parte del tiempo de su trabajo para leer las Escrituras Sagradas, orar o predicar el evangelio a sus compañeros, en detrimento de su buen rendimiento laboral, no piense que está agradando al Señor, sino que por el contrario se ha convertido en desobediente y ladrón del tiempo que su empleador le está pagando para trabajar. Algunos creyentes solicitan frecuentemente permisos para dejar

de laborar por algunos días en razón de asistir a eventos de la Iglesia, esto también es contrario a los principios divinos y se convierte en mal testimonio ante los empleadores. Los pastores y las Iglesias debieran programar sus actividades para los miembros teniendo en cuenta el tiempo mas propicio para no generar descontrol en el cumplimiento laboral de todos. Sabemos de muchas empresas que se resisten a contratar cristianos debido a su irresponsabilidad en el cumplimiento de sus labores, utilizando como argumentos sus asuntos espirituales. Otra exhortación que Pablo da a los empleados creyentes está relacionada con la actitud en el trabajo. Toda actividad laboral debe ser realizada de buena voluntad, es decir, con agrado y alegría, ya que no trabajamos solo para nuestros jefes, sino que con ese servicio estamos honrando al Señor quien nos ha mandado que trabajemos con nuestras manos. “En espíritu las personas cesan de ser esclavos (empleados) tan pronto como comienzan a trabajar para el Señor y ya no trabajan *primariamente* para el hombre. Más allá de su amo ven a su Amo celestial. Valga esta ilustración: Al preguntársele a un hombre que conducía ladrillos en su carretilla de mano, qué hacía, su contestación fue, “estoy construyendo una catedral para el Señor”. Con esta convicción él ponía toda su alma en la obra.”<sup>6</sup> *Sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.* V. 8. El Señor dará recompensa a nuestras obras, sean buenas o malas. (Ap. 22:12). En este pasaje se enfatiza en lo bueno que hagamos, es decir, la bondad y las intenciones con las que realizamos las cosas. Las intenciones valen mucho ante Dios, quien ve más allá de lo aparente y examina el corazón. (1 sam. 16:7). No importa la posición social o laboral en la que nos encontremos, Dios está observando las motivaciones de nuestro corazón cuando realizamos alguna labor, y esto será recompensado por el Señor. Para finalizar esta sección el apóstol exhorta a los amos o empleadores creyentes para que traten con dignidad a sus empleados, sabiendo que Dios mira desde los cielos y él pedirá cuentas de lo que se hizo con la autoridad recibida. Así como en las relaciones esposo-esposa o padre-hijo se puede prestar la autoridad recibida de parte de Dios para la tiranía, de la misma forma los jefes corren este peligro, pero su deber es recompensar el servicio honesto y fiel de los empleados mediante un trato fraternal evitando las amenazas, es decir,

---

<sup>6</sup> Hendriksen, William. Efesios. Desafío. Página 288.

“se abstiene de hacer alarde de su poder y no lo impone a la fuerza sobre aquellos que están bajo su supervisión”<sup>7</sup>. ... *Y que para él no hay acepción de personas.* V. 9. Todos los hombres, creyentes o incrédulos, siervos o jefes, ricos o pobres, hombres o mujeres, adultos o jóvenes, tendrán que rendir cuentas ante el Dios que todo lo ve. Y en ese juicio no habrá acepción de personas. Todos serán juzgados de acuerdo a la voluntad revelada de Dios y lo que hicieron, sea bueno o sea malo.

---

<sup>7</sup> MacArthur, John. Efesios. Ed. Portavoz. Página 396